



La figura de Cristóbal Colón ha quedado para siempre vinculada al descubrimiento de América, pero son poco conocidos sus avatares hasta que logra llevar a cabo su proyecto, así como su fortuna posterior. En esta novela se nos presenta al personaje en toda su complejidad, moviéndose en las cortes portuguesa y española en busca de financiación para sus proyectos, al mando de sus hombres impartiendo órdenes, intentando gobernar unas tierras que apenas conoce, y sobre todo deslumbrado por la exuberancia de un continente de insospechadas riquezas. Rosset ha huido de la imagen heroica para mostrar tanto el aspecto de militar, político y aventurero como el menos conocido de hombre de familia, gobernador y capitán, con lo cual nos ofrece la imagen más completa de Cristóbal Colón hasta la fecha. Tras el impacto logrado por Rosset en Edhasa con «Los Navegantes», «Cristóbal Colón» supone un reto importante en la carrera de este novelista por la magnitud e importancia del personaje y el tema elegido. Pero el autor ha dado muestras de ser un buen conocedor de la navegación de época y un excelente creador de novelas históricas en las que el rigor histórico va de la mano de buenas dosis de acción y aventura. América, Colón, los Reyes Católicos, todos los temas abordados en esta novela son susceptibles de despertar el interés de un muy amplio sector de aficionados a la novela histórica, y el precedente de «Los Navegantes» permite tener muy buenas expectativas respecto a Cristóbal Colón.

*Dedico este libro a mi buen amigo Antonio Vicente Marcos, sin cuya colaboración y gran conocimiento sobre el tema me habría sido imposible su escritura.*

## AGRADECIMIENTOS

**P**ara escribir una novela histórica es preciso, lógicamente, acudir a diversas fuentes de información y recabar el auxilio de muchos colaboradores e instituciones. En el caso de Cristóbal Colón este trabajo es más arduo y laborioso de lo habitual, pues muy a menudo los historiadores se contradicen.

Así como muchas veces el escritor está falto de información y tiene que inventar personajes y sucesos, en el caso de Colón ocurre todo lo contrario: hay tanta información y es tan diversa (y a menudo partidista), que uno debe tener mucho cuidado para sorber solamente de fuentes fidedignas.

Para escribir esta novela tuve que recurrir a muchas de estas fuentes, y entre las escrituras debo destacar los libros de Salvador de Madariaga (*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991<sup>9</sup>) y Juan Manzano Manzano (*Colón y su secreto*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989<sup>3</sup>).

Y es una gran satisfacción el poder decir que todas las personas a las que pedí información me la proporcionaron gustosamente.

Quiero hacer constar en estas líneas mi agradecimiento a todas ellas. Y si hubiera un error en esta información, la culpa será solamente mía.

VITAL ALSAR, que cruzó tres veces el Pacífico en balsa (troncos atados con cuerdas, alimentándose de pescado y agua de lluvia), y recorrió el mundo con una réplica de la *Santa María* (la *Marigalanté*), me proporcionó muchísima información de primera mano sobre el recorrido, corrientes, dificultades que aquellas naves encontraron en su singladura descubridora.

Doy las gracias a MIGUEL DE LA QUADRA SALCEDO por toda la información que me facilitó sobre la expedición colombina. Le agradezco el libro que me regaló, *La Santa María, la Pinta y la Niña*, que me resultó sumamente útil a la hora de escribir esta historia. El protagonista de *La ruta del Quetzal* me confirmó su certeza de que hubo un predescubridor que facilitó la información a Colón sobre la existencia de islas y tierra firme a ochocientas leguas hacia Poniente. También le hablaron de minas de oro en Cipango.

El navegante solitario JOSÉ LUIS UGARTE, desde Bilbao, me facilitó mucha información y consejos sobre la navegación alrededor del mundo, pues él completó dos regatas para pequeños veleros tripulados por una sola persona.

El embajador de Venezuela, don RAÚL SALAZAR, tuvo la amabilidad de informarme sobre algunos detalles interesantes, como que Colón fue el descubridor de su país en la expedición que llevó a cabo el año 1494, la cual fue encubierta por el mismo almirante a fin de no dar a conocer las ricas pesquerías de perlas de las islas de Margarita y Cubagua.

Los reyes no se enteraron de su existencia hasta el año 1498. También me facilitó información sobre el golfo de Paria y sus singularidades: intensas corrientes y la existencia de aquel líquido negro inflamable que flotaba en algunos ríos.

ANTONIO VICENTE MARCOS, gran filatélico y fascinado por la vida de Cristóbal Colón, resultó ser un verdadero filón de información. Este irunés, además de coleccionar sellos, «almacena», como buen coleccionista, todas clase de libros y artículos escritos sobre el almirante. Sobre esta fuente basé mis primeros contactos con los protagonistas de este libro.

EL ARCHIVO GENERAL DE INDIAS me facilitó fotocopias de documentos originales sobre el testamento de Colón, así como de las Capitulaciones de Santa Fe.

El embajador de la República Dominicana, don JOSÉ AUGUSTO VEGA IMBERT, tuvo la amabilidad de enviarme fotografías de la estatua de Colón e información sobre el paradero de los restos del almirante, que descansan en la catedral Primada de América de Santo Domingo. Después de su muerte en Valladolid, Colón fue enterrado en La Rábida, pero posteriormente, siguiendo sus deseos de reposar en la Española, sus restos fueron trasladados a la ciudad que él mismo fundara junto con su hermano Bartolomé.

En la embajada de Cuba me documentaron sobre las costumbres indígenas de la época, su cultura y costumbres, así como algunos detalles que ignorábamos sobre la colonización española, tales como el «repartimiento» de indios, a quienes los colonos se comprometían a adoctrinar y cristianizar a cambio de su trabajo.

El historiador MANUEL BALLESTEROS puso a mi disposición su inagotable fuente de conocimientos sobre el mundo americano, por lo que le estoy sumamente agradecido.

## CAPÍTULO I

### LISBOA

**E**l joven se asió desesperadamente a un largo remo que flotaba entre las olas. Detrás de él, varias galeras ardían por los cuatro costados, mientras docenas de marineros trataban de salvarse de las llamas arrojándose al mar. Aunque Cristóforo era un buen nadador, la distancia que le separaba de tierra era enorme; el cabo de San Vicente se dibujaba a más de dos leguas entre la bruma.

Mientras se alejaba lentamente nadando de espaldas, el joven veía la nave en la que había vivido los últimos años convertida en una inmensa hoguera, en un abrazo mortal con una de las galeras genovesas a las que habían atacado.

La nave capitana de la flotilla, la del corsario francés Casenove-Coullon, estaba más lejos, en medio del combate que sostenían sus naos con los otros tres barcos genoveses. Cristóforo no tenía duda del resultado de la batalla, los corsarios duplicaban en naves y hombres a los itálicos: No tardarían en llevarse a todos prisioneros, y hacerse con el botín.

En el curso de la batalla las naves parecían alejarse más del joven. Los hombres que se habían arrojado al agua o se habían ahogado o estaban siendo recogidos por los otros barcos. Sólo él parecía hallarse en medio de las olas.

No pudo evitar que sus pensamientos divagasen. ¿Qué haría si llegaba a tierra sano y salvo? Todas sus posesiones estaban en el arcón que tenía a bordo de aquella nao en llamas, y que en ese momento estaría hundiéndose...

Debería pedir ayuda a algún conocido en Lisboa. Había en la capital portuguesa numerosas familias de judíos sefarditas conocidos de su padre que le podían echar una mano. Al menos, no pasaría hambre y tendría un techo bajo el que dormir, mientras buscaba algún barco en que navegar.

Según avanzaba a duras penas, la costa se iba perfilando más claramente, mientras las naves y el estruendo de la batalla se alejaban poco a poco.

Las sombras del atardecer empezaban a convertir en grises las blancas espumas de las olas, cuando el agotado naufrago soltó su remo salvador y se dejó arrastrar por el oleaje hacia una playa portuguesa.

Cristóforo Colombo volvía a nacer el 13 de agosto de 1476, en el que llegó a Lagos (Algarve).

\* \* \*

En 1476 Lisboa era, probablemente, el puerto más activo de Europa. En la desembocadura del Tajo se arremolinaban docenas de barcos de todos los tamaños, desde los pequeños bergantines o pataches, hasta los grandes navíos de trescientos toneles. Sin embargo, la mayoría eran carabelas con velas redondas o latinas; carracas y naos, aunque también había galeras a remos que se usaban, sobre todo, en el Mediterráneo.

Lisboa, noblemente construida según el estilo del día, con piedra y ladrillo en feliz alianza, brillaba bajo la suave

luz de un sol meridional que bañaba sus fachadas de dos, tres y hasta cuatro pisos, dejando un color dorado sobre sus adoquines. Las calles de la capital, aunque estrechas, ofrecían amplio paso al vistoso caballo o a la carreta de bueyes del campesino, los mulos del traficante o la silla de mano de los privilegiados.

Era la ciudad porteña por excelencia, y, por lo tanto, llena de los más variados olores. Las oscuras bocas de las tiendas, almacenes o bodegas exhalaban su aliento en el aire cargado de salitre, un aliento de vino, de pescado salado, de brea, de sebo, almáciga, nuez moscada o canela. Todos estos aromas venían a mezclarse con el olor de los animales: mulas, bueyes, asnos, caballos, perros, y aun el humano de moros, judíos y cristianos. Gente de lo más diversa veía aunados sus intereses comerciales en aquella ciudad cosmopolita donde venían a congregarse tanto los orientales como los occidentales, los mediterráneos con los atlánticos.

Desde la ventana del piso superior de la casa de Juan Piastro, Cristóforo podía divisar todo el puerto: la descarga de pescado, de maderas preciosas y metales procedentes de lejanas tierras y, sobre todo, de especias como el clavo, la nuez moscada, la pimienta, y la canela procedente de islas de Oriente, así como la carga de productos elaborados para su transporte a las islas y provincias africanas.

—¡Qué, Cristóforo!, ¿añorando?

El joven se volvió hacia el portugués que le había acogido en su casa, un hombre de edad avanzada, pelo canoso y nariz ligeramente ganchuda que delataba su origen judío, cuyo rostro reflejaba bondad.

—Sí, un poco, maese Juan —respondió Cristóforo en el español sefardita que, al fin y al cabo, era su lengua materna—. Me gustaría volver a embarcarme.

—No tardarás en hacerlo, te lo aseguro —dijo el anfitrión—. Todos los días zarpan barcos hacia África, las islas Azores, Cabo Verde o Madeira. Aunque debo admitir que

no sé de dónde te viene esa afición a la mar. Mi gran amigo Domingo, tu padre, es feliz vendiendo jarras de vino y cardando lanas.

Cristóforo sonrió amargamente.

—El quizá sea feliz en su taberna, pero os aseguro, mae-se Juan, que yo prefiero verme en medio de una tormenta en un mar desconocido que vendiendo jarras de vino a marineros borrachos. Y bien sé de qué os hablo.

—Ya recuerdo —dijo Juan— que te embarcaste siendo todavía un mozalbete.

—Tenía doce años —asintió Cristóforo—. Y desde entonces he visitado los cuatro rincones del Mediterráneo, las islas británicas y África.

—Y has terminado arrojado por la marea en una playa, medio desnudo.

—Esas son las vicisitudes de la vida de un corsario —dijo Cristóforo con aire resignado—. Tenía ya una pequeña fortuna en mi cofre, pero todo se fue al fondo del mar.

—Los botines de guerra tienen a menudo ese triste fin. ¿Por qué no consigues un trabajo en tierra?

—Me aburriría. Lo mío es la mar. Desearía tener mi propio barco.

—Pues para eso tendrás que estudiar mucho. No se puede capitanear un barco por los mares sin conocimientos de geografía, cosmografía y astronomía. Y muchos de estos tratados están escritos en latín...

—Puedo aprender.

—Lo sé, sé que eres inteligente. Cuando erais niños, tu padre soñaba con mandaros a ti y a tus hermanos a la universidad de Pavía.

—Sí —suspiró Cristóforo—, pero se tuvo que contentar con enseñarnos las letras.

—Y a propósito de tus hermanos —dijo Juan—, ¿qué es de ellos?

—Bartolomé está navegando, y Diego, por lo que sé, ayudando a mi padre; tiene el propósito de ser clérigo.

El viejo Juan se quedó meditando unos momentos como si algo se le acabara de ocurrir. Por fin, acariciándose el mentón, se dirigió de nuevo al joven:

—Se me ha ocurrido algo que quizá te interese —dijo.

—¿Ah, sí?, ¿y qué es?

—Hace unos años murió un tal Perestrello a quien el infante don Enrique dio la Capitanía de Puerto Santo, una pequeña isla junto a Madeira. Este hombre trató de poblar la isla en varias ocasiones, pero siempre fracasó. En realidad, aunque muchos dicen que era un gran marino y que poseía muchas cartas de navegar de las islas, otros insinúan que consiguió el puesto gracias a las aventuras de sus primoras hermanas en la Corte. Llegó a ser cuñado del arzobispo don Pedro de Noronha (famoso por la ristra de hijos que dejó detrás).

»Lo cierto es que, marino o no, tiene una propiedad en esa isla, que puede servir de trampolín para el descubrimiento de otras en el océano desconocido.

—Es muy interesante todo lo que me decís —dijo Cristóforo—, pero ¿qué tiene que ver conmigo?

—Pues muy sencillo —replicó el anciano—: Al morir, Perestrello cedió la capitanía de la isla a un hermano suyo, y a la muerte de éste, en 1473, pasó la capitanía a Bartolomé II, hijo de Perestrello.

—¿Y bien?

—Pues que el tal Perestrello también dejó una hija, que es, por cierto, una joven muy atractiva.

—Empiezo a entender lo que me queréis decir —dijo el marino—. Me gustaría conocer a esa muchacha.

—Pues no tenéis que ir muy lejos. Vive con su madre en el convento de las monjas de la Orden Militar de Santiago. No muy lejos de aquí.

\* \* \*

El convento de las monjas de la Orden Militar de Santiago ocupaba un solar en las afueras de Lisboa y había sido fundado para dar acogida a las esposas e hijas de los caballeros de Santiago mientras sus maridos y padres se hallaban combatiendo a los infieles. Las damas que en dicho lugar se refugiaban hacían voto de castidad, de pobreza y de obediencia. Era una casa afamada por su virtud, pero más todavía por su alta posición social. Todas las ventanas estaban protegidas por fuertes rejas de hierro, y solamente la pequeña capilla tenía acceso desde el exterior.

Desde la penumbra de un ala del sagrado recinto, Felipa Muniz Perestrello miró de reojo al apuesto joven que en los últimos días oía misa diaria. Tenía buen porte, de estatura mediana, bien plantado. Sus ojos eran de un azul claro, con una piel blanca que parecía resistirse a ser curtida por el aire del mar. Varias pecas hacían más interesante aquel rostro juvenil. Llevaba el pelo largo y la barba bien recortada. Era rubio, tirando a pelirrojo. Y, aunque todavía era muy joven, ya se adivinaban algunas canas en sus sienes. Su nariz era aquilina, su frente ancha y despejada. Una arruga la cruzaba de arriba abajo por el medio. Sus labios eran delgados indicando una fuerza de voluntad poco común. El traje, aunque raído, se veía limpio. En la mano llevaba un gorro de velludo con ribetes de seda. Vestía un tabardo de paño verde, el capote corto con la capucha echada hacia atrás que los moros de Granada habían puesto de moda entre los cristianos. Bayo el faldón de la casaca asomaban las calzas nuevas. Llevaba borceguíes rojos de cuero cordobés.

Las sonrisas tímidas de los primeros días pasaron, poco a poco, a ser leves inclinaciones de cabeza, que a su vez dieron lugar a un breve «buenos días». Al cabo de algún tiempo los dos jóvenes pudieron entablar una corta conversación bajo el atrio de la iglesia. Estas conversaciones, con la bendición de la madre superiora, fueron alargándose, día

a día, por el pequeño, pero bien cuidado jardín del convento.

—No me habéis hablado de vuestro padre todavía, señora. ¿Cómo era?

Felipa Moniz hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Mi padre, Bartolomé Perestrello, era como vos un marino. Tenía una gran inclinación por las cosas del mar. Hace muchos años fue enviado por el infante don Enrique de Portugal, en compañía de otros dos caballeros, a poblar la isla de Puerto Santo, que había sido descubierta hacía poco tiempo. Al final, sólo mi padre fue y la pobló. Desde ella esperaba descubrir otras islas para la corona de Portugal. Se fue haciendo con mapas, instrumentos y escrituras para la navegación, y al mismo tiempo pobló la isla plantando simientes que pronto empezaron a dar sus frutos.

»Desgraciadamente, después de varios años, se le ocurrió la mala idea de hacer llevar una pareja de conejos a la isla, y éstos se reprodujeron con tal rapidez que a los pocos años habían arrasado todas las simientes de la isla.

»En 1425 el infante don Enrique le confió a mi padre otra expedición a Puerto Santo, en donde habitó hasta 1431, año en el que volvió a Lisboa, formando parte del concejo municipal de esta ciudad. Y, finalmente, en 1446 mi padre recibió del infante el nombramiento de capitán hereditario del Puerto Santo.

—Interesantísimo —exclamó el joven—. ¿Habéis estado en Puerto Santo alguna vez?

—Sí, viví allí varios años, cuando apenas era una niña.

—¿Cómo la recordáis?

—Con muchos bosques y vegetación.

—¿Tenía un buen puerto?

—Sí, una pequeña bahía bien protegida de los vientos.

—Sería como un paraíso terrenal, si vos estabais en él.

La joven se ruborizó.

—Don Cristóforo no digáis tales cosas...

\* \* \*

Juan Piastro tenía buenas noticias para el joven Cristóforo.

—Adivina con quién me he encontrado hoy, Cristóforo.

—Con el príncipe Juan II —ironizó el joven.

—Casi —sonrió el anciano—. Con uno de sus médicos, mestre Joseph Vizinho, un viejo judío muy amigo mío aficionado a la cosmografía. Le he invitado a cenar.

Como no podía ser menos, durante la cena la conversación se centró casi exclusivamente en los temas que ocupaban la mente de todos: descubrimientos, islas, tierras desconocidas, leyendas, concesiones para descubrir...

—Portugal está en plena carrera como nación exploradora del mar —dijo mestre Joseph mientras se servía un trozo de cordero—. La Corona está dando concesión tras concesión para apoderarse de cualquier isla o cabo que se encuentre en el camino una nave portuguesa. Tenemos João Vogado, en 1462; el infante don Fernando, en 1451, 1462 y 1473; Rui Gonçalvez de Cámara en 1473. En 1474, hace dos años, Fernão Telles consiguió una concesión de la Corona para cualquier isla o tierra no poblada, y el año pasado se le extendió esta concesión a tierras que estuvieran ya pobladas.

—¿Pensáis vos que toda la tierra es habitable? —preguntó Cristóforo.

—Esa, joven Cristóforo, es una pregunta que todos nos hacemos. Esa y muchas más. Podría mencionar media docena que están en boca de todo el mundo: ¿hierven los mares del sur? ¿Hay hombres de diferente aspecto al que ya conocemos, con un ojo, con un pie, con rabo? Claudio Cymbrico, en su atlas de Groenlandia anotó que en esas tierras septentrionales viven unípodos y pigmeos. ¿Dónde está la isla gobernada por mujeres?, ¿qué parte de la tierra está cubierta de agua?, ¿qué parte seca?, ¿a qué distancia